

rario Miramón, que la presencia del Emperador venía muy oportunamente para moderar sus ímpetus. El tal discurso no era sino la manifestación de una alegría maligna por la última derrota de Miramón; al mismo tiempo trataba Márquez de hacer comprender á éste la superioridad de su actual posición sobre él, puesto que ahora le estaba subordinado quien en otra época había sido Presidente. Pálido de ira estaba Miramón, pero se contuvo, y contestó en pocas palabras con un brindis al ejército.”

Ese incidente hizo más profundo el disgusto reinante, que no tardó en estallar de manera violenta, pues habiendo dado Maximiliano el mando de las tropas á Márquez, por quien manifestaba una notoria preferencia, Miramón se sintió profundamente herido en su amor propio, y en carta que por tal motivo dirigió á Maximiliano, le decía, “que por fidelidad á S. M. y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á los republicanos; pero que pedía que inmediatamente después de la acción se le relevara del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir á las órdenes de Márquez.”

Aunque Miramón amplió los términos de su carta por medio de otra que dirigió al Archiduque, éste trató de aplacar al irritado General, que en otras circunstancias habría sido castigado severamente, con una excitativa para que no traspasara los límites de la subordinación militar, y con la declaración que le hizo de que Márquez en su carácter de Jefe del Estado Mayor, no era su superior, sino únicamente el conducto por donde recibiría las órdenes dictadas por el Soberano.

El 10, Escobedo y Corona, después de una conferencia, recorrieron el campo republicano y las posiciones del enemigo; y el 11, el primero pasó revista al ejército de operaciones, dando á reconocer á Corona como segundo en Jefe.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Habiendo tomado una participación tan directa en los sucesos de esta guerra los dos caudillos mencionados, vamos á decir unas cuantas palabras acerca de esos campeones de la causa nacional:

Escobedo nació en el pueblo de Galeana, el 12 de Febrero de 1827, y desde su juventud tomó plaza en la política, presentándose de soldado raso, el año 1847, al Comandante Martínez Salazar, para batir á los americanos del Norte.

Liberal por convicción, se levantó en armas, después, contra la dictadura de Santa Anna,



Reducidos á la defensiva los imperialistas, que era lo que se deseaba, y habiendo dado á conocer que la ciudad de Querétaro sería la base de sus operaciones, se trató ya únicamente de regularizar el asedio, á fin de aprisionar allí á Maximiliano y á los principales de sus corifeos que aún intentaban prolongar la lucha.

Como pronta y necesaria providencia se trató de cubrir los principales caminos por donde el enemigo pudiera evadirse, para lo cual se acordó voltear la posición, ocupando la Cuesta China; movimiento excesivamente delicado, cuya ejecución fué encomendada al General Corona, que la realizó felizmente el día 11, quedando en posesión del punto relacionado, y extendiendo su línea, que cubrió al día siguiente

y cayó este magnate, tomó una parte activa en contra de los reaccionarios, durante la "Guerra de Reforma," en la que figuró ya con un grado superior, hallándose en los principales combates.

Declarada la Intervención extranjera, Escobedo marchó á Puebla con la primera brigada de San Luis Potosí, y tuvo la gloria de haber contribuido al primer triunfo que se obtuvo sobre las famosas legiones francesas, el inolvidable "5 de Mayo de 1862." Continuó la campaña, y mandando la segunda brigada de la división de "Reserva," se halló en el asedio memorable puesto por el ejército de la Francia á la ciudad de Zaragoza, distinguiéndose por su serenidad y valor, especialmente en el terrible combate de Santa Inés, quizá el principal de los que se libraron durante el sitio.

Habiendo sucumbido Puebla, marchó como prisionero hasta Orizaba, donde pudo evadirse, presentándose en México al Superior Gobierno que lo nombró Mayor General de la división de caballería. Acompañó á éste en su retirada á San Luis, y de allí, á petición del General Díaz, marchó al Estado de Oaxaca, de donde, después de prestar importantes servicios, regresó á la Frontera del Norte, haciendo una atrevida correría por Tehuantepec, Chiapas y Tabasco, donde se embarcó para los Estados Unidos, llegando á Brazos con mil dificultades; y de ahí, con sólo cinco ó seis oficiales, entre los que se contaba el Coronel Goroztieta, se internó en el país, escribiendo con su potente espada, esa hermosa epopeya que lo condujo victorioso hasta el Interior de la República, en virtud de una serie de combates como los de Santa Gertrudis, Matamoros, San Jacinto y otros que le han dado una justa celebridad, especialmente el sitio de Querétaro.

Escobedo, como buen demócrata, huye de la ostentación y de las pompas oficiales: patriota distinguido, ha consagrado su vida á la defensa de la libertad y de las instituciones republicanas; y respecto de su serenidad y valor que posee en grado eminente, referiremos un episodio de su brillante carrera militar.

Invasión del interior del convento de Santa Inés en Puebla, el memorable 24 de Abril de 1863, por varias columnas del aguerrido ejército francés, Escobedo recibió orden del General en Jefe González Ortega, de desalojar á toda costa al enemigo, cargando á la bayoneta; penetró en el recinto atacado á la cabeza de un batallón de su brigada, en medio de los estragos de una lucha tremenda; y no obstante la confusión espantosa que allí reinaba por la explosión de las minas y el hundimiento de las paredes y los techos, su sangre fría le hizo dictar una providencia que le dió un excelente resultado: mandó tajar violentamente

te con una fuerza de cinco mil hombres y catorce piezas de artillería.

En vista de esa operación, Maximiliano trasladó su Cuartel General del Cerro de las Campanas al Convento de la Cruz, donde permaneció hasta el término del sitio.

El 12, el enemigo, al mando de Castillo, hizo un reconocimiento hacia la posición que ocupaban las tropas republicanas en el Poniente de la ciudad; pero la intentona no dió otro resultado que el haber sido rechazada la columna imperialista, por la brigada Zepeda, auxiliada por la tropa de caballería que mandaba el Coronel Martínez.

El 13, el General Corona mandó hacer un pequeño reconocimiento

con escombros la puerta por donde habían entrado los franceses al interior del edificio, y estos soldados, aunque valientes y disciplinados, en el ofuscamiento de la pelea y el humo del combate, no encontrando ya la puerta de entrada que era la única por donde podrían salir, se vieron cortados, y presa del terror, no tuvieron más que rendirse á discreción, dando con ello un brillante triunfo á las armas nacionales.

En este choque formidable, Escobedo perdió la mitad de su batallón, pero su conducta fué tan honrosa que le mereció el grado de General de Brigada.

Corona fué todo un espartano, y su memoria trae á la mente un recuerdo de los buenos tiempos de la antigua Grecia.

Joven esforzado y valiente, defensor entusiasta y tenaz de la noble causa de la Independencia, adquirió una reputación bien merecida de hombre enérgico y de patriota distinguido, que mucho lo dieron á conocer entre sus abnegados compatriotas, especialmente en los Estados de Sonora y Sinaloa, donde hizo la guerra á los franceses, casi siempre con buen éxito.

Sus tropas eran muy aguerridas, y sostuvieron choques continuos contra los invasores, que tuvieron en él un grande y distinguido adversario.

Cuando Uruga, que mandaba el ejército del Centro, consumó su traición á la patria, desertando de las filas republicanas y sometiéndose al Imperio, Corona fué uno de los primeros de sus subordinados que lo desconoció, y como inmediata providencia de esa su levadura y digna actitud, emigró con sus fuerzas para esos Estados que hemos mencionado, donde se mantuvo firme, y donde supo cubrirse de gloria, merced á su decisión, á su firmeza inquebrantable, á su patriotismo inextinguible.

Al autor de estos apuntes cupo la satisfacción, por una mera casualidad, de ser Ayudante de tan esforzado paladín; y en el sangriento combate del 24 de Marzo de 1867, librado contra la *Casa Blanca* en el llano de Carretas de la ciudad de Querétaro, tuvo ocasión de ver y admirar la rara serenidad y prodigiosa sangre fría de que estaba poseído tan ilustre guerrero, á quien en la flor de la edad, la mano alevé de un asesino privó de la existencia cuando desempeñaba con beneplácito general el importante cargo de Gobernador del Estado de Jalisco.



to, cuya operación se encomendó á una sección de Cazadores de Galeana que mandaba el Coronel Doria, quien la llevó á feliz término; y se ordenó por Escobedo, que para el siguiente día se hiciera uno general sobre la plaza.

A las 10 de la mañana empezó éste: muy pronto la batalla se generalizó. Rocha al frente de una columna penetró hasta San Francisco; los batallones de Michoacán, á las órdenes de los Generales Canto y Merino, ocuparon el Panteón de donde desalojaron á los imperialistas, y Neri se posesionó del Jardín de la Cruz, estableciéndose en las casas vecinas.

Entretanto, Mejía, que se hallaba en la Garita del Pueblito, cargó á la cabeza de una brigada de Lanceros contra la caballería republicana, situada al Suroeste de la ciudad, y la arrolló, á la vez que por el rumbo del Norte, el General Antillón asaltó la loma de San Gregorio y se mantuvo en ella, resistiendo admirablemente las redobladas cargas del enemigo, que al fin tuvo que retirarse, perseguido por los republicanos, cuyas columnas con sus respectivas baterías avanzaron á establecerse en los suburbios de la ciudad.

Un oficial de artillería, Prisciliano Sandoval, llevado de su entusiasmo, penetró intrépidamente al interior de la ciudad con un cañón rayado: envuelto por el enemigo, fué muerto, perdiéndose el cañón, con el grupo de artilleros que lo servía, y que quedó prisionero.

El combate fué rudo y duró ocho horas, obteniendo los imperialistas señalados triunfos como la defensa del Convento de la Cruz, la carga dada por Mejía, la recuperación de la línea del río, por Miramón, y el acto atrevido del Príncipe de Salm y Salm, por el cual quitó la pieza de artillería de que llevamos hecha mención, matando al jefe; y si bien los republicanos obtuvieron algunas ventajas, posesionándose de puntos importantes y estableciendo su línea ofensiva en varias partes, á diez metros del enemigo, esto les causó grandes pérdidas, que entre muertos, heridos, dispersos y prisioneros, llegaron á cerca de mil hombres.

Los imperialistas celebraron ruidosamente su triunfo, pues el reconocimiento había presentado los caracteres de un asalto, que no estuvo en la mente del General en Jefe, y sí descubrir, como descubrió, cuáles eran las posiciones más fuertes de la plaza para estrechar el sitio, avanzando todo lo posible sin exponerse á un desastre.

Habiéndose tenido noticia de que el jefe imperialista Olvera, con alguna gente que había organizado en la Sierra, trataba de hostilizar la retaguardia de los sitiadores, se destacó al General Aureliano Rivera en persecución del enemigo, que al fin no intentó ningún ataque.

La madrugada del 17, Miramón emprendió un reconocimiento, cuyo objeto era tomar las alturas de San Pablo y San Gregorio; pero amenazando Corona al mismo tiempo atacar el Convento de la Cruz, Maximiliano que estaba en el Cerro de las Campanas, y que recibió aviso oportuno de ese proyecto, ordenó á Miramón suspender el ataque, y el jefe imperialista que creyó ver en esa orden una intriga de Márquez, envainó la espada, tiró al suelo su sombrero, y dió orden á la tropa de volver á la ciudad, y encontrando á Vidaurri, frente al Palacio municipal, le dijo: "haced saber al Emperador que no cuente conmigo para ningún proyecto de ataque, ni para ningún Consejo de guerra; que obedeceré todas las órdenes que me dé, pero nada más."

A pesar de la victoria obtenida por los imperialistas el 14, pasado el instante del alucinamiento, la reflexión hizo lugar al entusiasmo, y entonces echaron de ver que su situación era bastante mala, pues que los trabajos, ó más bien, las operaciones del sitio, continuaban con mucha actividad, contando los republicanos con los recursos de casi toda la Nación, á la vez que ellos veían disminuir los suyos con una rapidez alarmante, por cuya razón, Maximiliano, que como se ha visto, carecía absolutamente de iniciativa, quiso saber la opinión de algunos de sus Generales.

Márquez fué de opinión que debería romperse el sitio por el camino de Celaya; apoderarse de la "Estancia de las Vacas," y esperar al enemigo, que si atacaba era de seguro derrotado, y si no atacaba continuar tranquilamente para Celaya, simulando una marcha para Guanajuato; tomar en seguida el camino de Acámbaro, fingiendo que se iba á Morelia, y seguir luego el de Maravatío á Ixtlahuaca, forzando marchas para llegar á Toluca. Antes se daría orden para que la guarnición de México saliese al encuentro de la columna, posesionándose del Monte de las Cruces, y la de Puebla se replegara á la Capital. De este modo podrían reunirse 20,000 hombres con 100 piezas de artillería, con cuyos elementos se daría una batalla campal de éxito seguro, "terminando así la cuestión, agregaba, de una manera tan com-